

La viuda de Cortázar
dona a Galicia el archivo
cine-gráfico del escritor

Aurora Bernárdez, hija de gallegos, de 85 años, primera esposa y albacea de Julio Cortázar, ha decidido donar a la Xunta de Galicia el archivo fotográfico y cinematográfico del escritor, única parte de su legado que todavía estaba sin destino.

El material se pondrá a disposición del centro Gallego de Artes de la Imagen (CGAI), que tiene su sede en La Coruña. El fondo consta de dos horas de grabaciones de cine tomadas por Cortázar en Brasil, India y Uganda. Incluyen varios cortes con pretensiones artísticas.

La parte fotográfica está compuesta por más de 2.000 fotografías, donde hay imágenes que se remontan a la infancia del escritor. Son de notable importancia los negativos que originaron su libro *Prosa del observatorio*, mezcla de texto e imágenes realizadas con el fotógrafo Antonio Gálvez. También merecen la pena la serie *Muñecas rotas* y *Los autonautas de la cosmopista* (extraño recorrido por los aparcamientos de las autopistas francesas). Hay también fotos de Cortázar hechas en Galicia, en 1955, poco después de su matrimonio con Aurora Bernárdez.

El fondo cinematográfico, que permite saber más del autor, ya ha sido trasladado hasta el Centro Galego de Artes da Imaxe, donde se ha procedido a su digitalización. La entrega de las fotos está pendiente del inventario, realizado por el escultor argentino Julio Silva, amigo de Cortázar, con la ayuda de Aurora Bernárdez. La donación se considera que es fruto del azar. La viuda de Cortázar coincidió tiempo atrás con Rocío Santacruz en Barcelona, en una exposición sobre la obra de Cortázar presentada en el centro de Cultura Contemporánea de Barcelona. Se interesaron por la digitalización de las viejas películas del pintor Eugenio Granell y le propusieron al director del centro Gallego que hiciera lo mismo con el archivo cinematográfico de Julio Cortázar. Aurora Bernárdez insistió... ha legado el material, ya digitalizado para su mejor conservación para las generaciones futuras.

Los bibliotecarios de la Nacional durante la República y la Guerra Civil

Las bombas incendiarias de la aviación fascista y los misiles lanzados por las tropas franquistas, se cebaron en dos ocasiones con la Biblioteca Nacional de España, en el corazón del Madrid, ciudad asediada por los nacionales (1936-39). Pero ni las llamas ni las explosiones destruyeron sus valiosos fondos; unos tesoros bibliográficos de todos los españoles –se calcula que entre 200.000 y 400.000 libros–, salvados gracias a las medidas adoptadas por los bibliotecarios, máximos responsables de los libros durante la guerra civil.

La muestra *“Biblioteca en guerra”* rinde homenaje a esos bibliotecarios abnegados que salvaron uno de los mayores tesoros bibliográficos españoles. La maltrecha memoria de los españoles ha generado un injusto olvidado hacia bibliotecarios. Su trabajo se recupera ahora, con una exposición y una placa en el vestíbulo. En la placa se recuerda a Tomás Navarro Tomás, director entre 1936 y 1939 de la Biblioteca Nacional de España y a todos los bibliotecarios que en tan difíciles circunstancias se jugaron la vida por los libros y la cultura.

Los bibliotecarios Ramón Salaberría y Blanca Calvo se han encargado de ofrecer una visión auténtica de aquellos años con fotografías, cartas, documentos y diverso material gráfico y bibliográfico cedido por una treintena de instituciones... documentan la entrega de quienes salvaron los libros, memoria colectiva de la cultura española que los fascistas quisieron borrar (algunos libros se evacuaron siguiendo la misma ruta que los cuadros del Prado: se llevaron hasta Valencia y después a Ginebra).

La muestra se centra en la labor crucial de Tomás Navarro Tomás, celebrado investigador fonográfico y organizador de los traslados de libros a través del frente; rescatador de las valiosas bibliotecas puestas por muchos nobles a recaudo de la Nacional (Navarro Tomás mandó cubrir con sacos terreros). El final de Navarro Tomás fue particularmente injusto: cruzó la frontera francesa con Antonio Machado, en obligado exilio político, para después trasladarse a Estados Unidos, donde moriría olvidado a los 95 años (jamás volvió a España).

“Biblioteca en guerra” se ocupa también de la labor de otros cuatro directores durante la República: Juan Vicens, presidente del a Residencia de Estudiantes, amigo de Federico García Lorca y Dalí, alma de las bibliotecas de las Misiones Pedagógicas, exiliado en México y muerto en Pekín a los 70 años; Teresa Andrés, directora de las Bibliotecas Populares en frentes de guerra, muerta de leucemia en París (una vez liberado), donde se había exiliado; y Jordi Rubió, director honorario de la Biblioteca de Catalunya, que organizó un sistema para que los libros llegaran a las trincheras e hizo rodar el primer *“bibliobús”* por las carreteras españolas: en su exilio interior se ganó la vida como corrector de pruebas en Salvat.

La última es María Moliner, vocacional bibliotecaria antes de refugiarse en la redacción de su mítico diccionario de uso. Diseñó el más ambicioso plan bibliotecario concebido en España bajo el lema *“cualquier ciudadano, viva donde viva, tiene derecho a cualquier libro, esté donde esté”*. Los bibliotecarios de la nacional hicieron gala de inteligencia, valentía y rigor para preservar nuestros tesoros bibliográficos y defender así la esencia y la base de nuestro idioma. El trabajo de los bibliotecarios excedió los límites de la Nacional: durante la II República quisieron popularizar el libro llevándolo a los hospitales y centros de trabajo primero; y a las mismas trincheras y colonias infantiles que fueron refugio de los huérfanos de guerra.